

Alfonso M. Escudero

Gregorio Reynolds (1886-1948)



NOS Juegos Florales premiaron en La Paz, en 1913, un poema titulado *El mendigo* y firmado *Rey Garcés*.

Abierto el sobre, se vió que el seudónimo correspondía a *Gregorio Reynolds*. ¿Pero quién era Gregorio Reynolds? ¿Otro seudónimo?

Gregorio Reynolds no era seudónimo, sino el nombre de un joven poeta de 27 años, a quien sólo sus coterráneos los chuquisaqueños o sucrenses conocían como poeta, y no mucho.

Era de ascendencia irlandesa.

Un escritor peruano, Federico More, lo suponía descendiente del homónimo retratista de las caras bonitas; pero la verdad histórica es más modesta. El primer Reynolds, el bisabuelo del poeta, llegó a Bolivia a comienzos del siglo XIX.

Reynolds era en 1913 un desconocido.

Sin embargo, ya había leído mucho, había dado a conocer algunos tanteos a sus íntimos, y era concurrente asiduo a las reuniones de los escritores agrupados alrededor del diario chuquisaqueño *La Mañana* y que, como recuerda Guillermo Francovich, Rector de la Universidad de Sucre, «rendían culto a Verlaine, Baudelaire y Rubén Darío y practicaban una orgu-

llosa bohemia dentro de la cual quien no leía versos y no bebía ajeno no era sino un indigno filisteo».

Presidían el grupo Jorge Mendieta y Claudio Peñaranda.

«En medio—continúa Francovich—de esos hombres chispeantes y alborotados, cultos e ingeniosos, que en más de una ocasión provocaron terribles escándalos en la ciudad, Reynolds constituía una figura extraña, silenciosa, apacible como la de un monje que hubiera venido atraído por el bullicio de los pecadores, sin dejarse empero arrastrar por el desordenado torrente de vitalidad de éstos».

La revelación brusca de los Juegos Florales paceños abrió a Reynolds un camino que acaso ni él mismo se había soñado. «Y los sucrenses, por su parte, se quedaron asombrados al saber que el modesto y silencioso compañero de Peñaranda y de Mendieta era también un gran artista».

«Recuerdo—prosigue el Rector de la Universidad sucrense—que en cierta oportunidad tuve que reclamarle un oficio que como Rector de nuestra Universidad debía enviarme. Se disculpó diciendo: «No he podido hacerlo, porque me sale en verso». Reynolds tenía el demonio del ritmo en la sangre. Nunca publicó nada en prosa. La poesía le brotaba espontáneamente como los rosales dan rosas.

Pero esa espontaneidad era fruto del trabajo inmenso realizado en los años de silencio y de anonimato, en los cuales nutrió su cerebro con ávidos estudios. Así pudo alcanzar ese virtuosismo verbal que le era peculiar, esa técnica de la versificación cuyos más íntimos secretos dominaba, esa cultura que le permitía cantar con igual facilidad el épico pasado boliviano como las hazañas de sátiros y ninfas griegos, esa profundidad de pensamiento que, de las manos de Kempis, Unamuno o Kiyam, lo condujo a las puertas de una angustiada filosofía.

Reynolds tenía un agudo sentido crítico, tenía la humildad del artista que se da cuenta de sus imperfecciones, y por eso se cultivó sumido en el silencio, recatando las defectuosas pro-

ducciones primerizas. Por eso surgió sólo cuando se sintió señor de sí mismo y de todos sus recursos técnicos».

Incorporado al Ministerio de Relaciones Exteriores, quehaceres diplomáticos lo hicieron residir en Montevideo, Lima y Río de Janeiro; la venerable Universidad de San Francisco Javier (Sucre) lo nombró *Doctor honoris causa*, lo que permitió a Reynolds ser su Rector en 1926; y así, alternando andanzas y sonrisas diplomáticas con su devoción ferviente y constante a Nuestra Señora la Poésía, alcanzó una bibliografía poética copiosa:

El cofre de Psiquis (1918), *Horas turbias* (1923), *Redención* (1925), poema encomendado por el gobierno de Batista; *Prisma* (1938), *Beni* (1942), *Caminos de locura* (1943), *Illimani* (1945) y *Tunari* (1945).

Eso fuera del poema escénico *Quimeras*, de sus traducciones (*Edipo rey*, de Sófocles, y obras de las poetisas brasileñas Gilka Machado y Cecilia Meirelles) y de lo mucho que todavía permanece inédito.

* * *

El colombiano Ricardo Sánchez Ramírez decía en 1923: «Desciende Reynolds, en línea recta, de los parnasianos franceses... Tiene de ellos, con efecto, la plasticidad de la expresión, el culto supersticioso de la rima, la fuerza pictórica, el respeto de la lengua, la aristocracia del léxico, el esplendor verbal. Se singulariza también, como sus maestros, por el hermetismo a las sugerencias emocionales... En sus versos, que dijéranse grabados en pórfido por un buril benvenutesco, en balde buscaríamos la humedad de una lágrima, un estremecimiento de dolor, un temblor de pasión, un grito de angustia. Debajo de la espléndida corteza de esas estancias, de factura impecable, no circula la savia del sentimiento... No se oye el roce de una falda turbadora ni el cascabeleo argentino de risas infantiles,

ni voces familiares, ni diálogos íntimos, ni cuchicheos confidenciales, ni pláticas efusivas».

Hasta aquí Sánchez Ramírez.

Es verdad, o, mejor, era verdad.

Parnasiano, esculpe, pule brillantemente, hasta llegar a una forma tersa, nítida. Y como pernasiano, helenizante («¿No te atrae la Hélade gloriosa?»), pagano y sensual; pero... ya lo diré más tarde en *Altiplano* incluido en *Illimani*:

Procura renovarte y superarte.

Desde aquel mismo 1923 en que publicó *Horas turbias*, motivo de las palabras de Sánchez Ramírez, comenzó a evolucionar en un sentido más humano, en persecución de un estilo cada vez más suyo.

Llegó a ser un poeta inquieto y hondo y de gran perfección técnica,

A pesar de sus frecuentaciones diplomáticas y sociales, fué siempre un retraído, un tímido.

Otra característica: su generosidad, su bondad incompatible con rencores.

«Sin embargo—observa el ya tantas veces citado Francovich—no todo fué en él virtud seráfica. En su adolescencia y en su juventud, la carne lo dominó con sus sensuales impulsos; y, si en sus poemas cantó el amor arrebatado, fué porque en realidad la lujuria le hizo llegar su hálito quemante y lo envolvió en sus torturantes anillos y porque la bohemia lo arrastró por sus caminos alucinados y artificiosos. La efervescencia pan-teísta que aparece en sus versos, en su multiforme y opulenta producción lírica, se alimentó en las agrias embriagueces que turbaron su espíritu en la juventud».

Reynolds mismo lo reconoció en más de una ocasión.

En su semblanza de Juan Francisco Bedregal (incluida en *Illimani*) se lee:

Con penas y esperanzas compartida,
un poco tarambana y haragana,
como la vida mía, fué su vida.

En su muy logrado poema *Mata Hari* se adivina fácilmente el *maldita seas*; pero la bailarina lo atrae visiblemente; el poeta siente vértigo irresistible. (Bien ubicado el poema en *Caminos de locura*).

En el ya citado *Illimani* hay una extensa y muy interesante *Confesión* de la cual voy a tomar pasajes que documentan no sólo el aspecto sensual:

Fué sensual mi arte, como mi vida ha sido;
mas no hay en él asomo de lúbrico sentido. . .
sinceramente dije lo que decir quería. . .
Pocas, muy pocas veces, me referí a lo mío.

Canté del altiplano los vastos panoramas
de cumbres, decorados por cóndores y llamas;
canté de nuestros valles el delicioso clima,
sus campos y su gente que igual bondad anima;
canté también el trópico: perfumes en el aire,
mujeres, mariposas, hamacas en socaire. . .

Noches de claro en claro, con música y con vino,
y el seductor y frágil eterno femenino. . .
Cediendo a mis caprichos, en manos del demonio,
incauta y totalmente perdí mi patrimonio.
Y como nunca pude pensar en el mañana,
me fuí, sin meditarlo, donde me dió la gana,
hasta que Amor, un día, indújome a la enmienda,
al dirigir mis pasos por la escondida senda. . .

¡Amor de esposa, bálsamo, confortador afecto
que nos absuelve y limpia de lo pasado abyecto!

Cariños y pesares, anhelos y zozobras,
sin velo y sin afeites, mi vida está en mis obras. . .

Crear el propio estilo, moldear el pensamiento,
darle expresión conforme con el temperamento,
es lo que justamente ha de alcanzar el hombre
que aspira a verse honrado más que en renombre, en
[nombre.

El bien decir unido al bien pensar. . .

No ya los decadentes: Rimbaud, Verlaine, Darío. . .

No ya los caramelos de la literatura
romántica, tan cursi, ni la retorcida
de ideas y sintaxis que muchos majaderos
van hoy utilizando por darla de troveros. . .

No ya para los jóvenes la paranoica musa
de Vargas Vila, eunuco que araña y engatusa,
sino las recias cláusulas del hombre que ha sufrido. . .

«Amor de esposa, bálsamo. . .» A propósito, quiero copiar
también aquí un fragmento de versos a su mujer (*Adela, en
Tunari*). Está el mundo tan lleno de versos eróticos en donde
la homenajada no es la mujer legítima, que la transcripción de
los que siguen pueden resultar hasta higienizante:

Yo querría expresar mi cariño
con esas sencillas, fervientes palabras
que pude decirle tan sólo a mi madre,
cual si fuese rezando en voz baja. . .

Yo bendigo tu amor, porque ha sido
 mi senda escondida, la paz que buscaba;
 porque vi en tu sonrisa la aurora
 y en tus ojos la noche estrellada.
 Yo bendigo tu amor, porque hoy día
 tengo fe, caridad y esperanza,
 y porque eres mi vida, el compendio
 de todas mis ansias.

Y ahora algunos versos más, no ya en calidad de normas
 de conducta literaria y humana, sino solamente—y nada menos—
 en calidad de muestrario selecto de su obra.

Primero tres sonetos de *El cofre de Psiquis*:

QUECHUA

Indiecita que llevas tus andrajos
 por los zarzales de las rutas viejas,
 has aprendido a sofocar tus quejas
 sin que claudique tu alma en los trabajos.

Sigues, medrosa, con los ojos bajos
 y las facciones graves y perplejas,
 la blanca procesión de las ovejas
 en su lento ondular por los atajos.

Padeciendo sin culpa y sin alivio,
 por los abrojos del fatal declivio
 tu vida igual que hoy irá mañana

en busca de su mísero sustento,
 con el fluir indefinido y lento
 del hilo que en tu rueca se devana.

GAMA DE NIEVE

De un vago azul etéreo la infinita
nieve del Illimani se engalana,
cuando el beso sutil de la mañana
sobre las cumbres cándidas palpita.

Es soberbia su albura selenita
en la quietud de la hora meridiana,
al fingir en bruñida porcelana
el esbelto alminar de una mezquita.

Muestra el ocaso un vaporoso rosa
en la magnificencia portentosa
del sueño delirante de un artista,

y al fenecer el día entrega al viento,
desnuda de la clámide amatista,
su palidez romántica de argento.

LA LLAMA

Inalterable, por la tierra avara
del altiplano, luce la mesura
de su indolente paso y su apostura
la sobria compañera del aimara.

Parece, cuando lánguida se pára
y mira la aridez de la llanura,
que en sus grandes pupilas la amargura
del erial horizonte se estancara.

O erguida la cerviz al sol que muere,
y de hinojos, oyendo el Miserere
pavoroso del viento de la puna,

espera que, del ara de la nieve,
el sacerdote inmaterial eleve
la eucarística forma de la luna.

La Llama es el más citado de esos sonetos.

Juez competentísimo, Enrique Díez Canedo, lo apreció así:

«Por este soneto, creado por viento de cumbre, pasa el sentimiento cósmico que da su grandeza a *Il bove* de Carducci. Es una de las poesías bolivianas en que siento mejor el alma del país, la grandeza de su paisaje agreste, la transparencia de su atmósfera fría. Por extraño contraste brota de la pluma de un poeta a quien Darío pudiera llamar «raro»; de un buen artífice para quien la rima no guarda secretos».

De *Illimani* leamos, además de los fragmentos de *Confesión* ya citados, un soneto y un fragmento más:

EN PAZ Y AMOR

Señora de la Paz, gentil señora,
danos tu heroica voluntad de acero,
para vencer el áspero sendero
en pos de una ilusión de albor de aurora.

La ilusión que tu espíritu atesora
para alumbrar de amor lo venidero
con esa luz de bíblico lucero
que difunde la tea redentora.

Ya no el vano soñar, sino un sentido
de firmeza y de fe frente al olvido.
Perseguir esplendores, no vislumbres,

y en un anhelo de concordia humana,
ir como el Inti, padre, hacia el mañana,
sobre una extensa sucesión de cumbres.

OJOS

.....
Ojos indígenas, absortos,
que están como soñando,
que están como perdidos
en la desolación del altiplano.

Ojos aimaras que no han visto
nada más que los campos
ilimites, sin nadie,
fatigadoramente rasos.

Ojos al sesgo, finas golondrinas
sobre el páramo:
vuelo elegante y ágil
de los esquifes en el lago
de más altura de la tierra: origen
del gran imperio incásico:
vuelo de cóndores andinos
por sobre gélidos picachos:
reptar de víboras yungueñas:
acelerada fuga de huanacus.

Dilatadas pupilas de vicuña:
ojos ingenuos o azorados:
ojos de niño de la casta esclava,
tristes ojos de can de esos muchachos
que deambulan por calles y caminos
mendigando.

El último poema que le conozco (*Silencio*, firmado en la Paz en enero de 1947 y publicado en el suplemento literario de *La Nación* de Buenos Aires) lo revela aligerado de varios de los recursos usuales en sus libros anteriores. Lo copio íntegro:

SILENCIO

Con su estridente silbato los grillos,
como con un diamante,
van rayando el cristal empañado
de la tarde.

Danzan las hojas—oro y bronce—
sobre el regazo de la tierra madre.

Los árboles tiritan, palúdicos,
al deshojarse.
Y al despojarse de ilusiones,
el corazón también, como los árboles.

No digas nada, Amor. Las quimeras
sobre la nieve del hastío caen
como un montón de mariposas muertas
y de marchitas hojas. . . Late
el silencio. . . Recógete y recoge,
en lo infinito del instante,

la voz sin voz de la Natura
que aconseja el reposo de la carne
y el vuelo del espíritu, en su anhelo
de renovarse y superarse.

Al pensamiento en un segundo
la eternidad se abre.
Nada de nada digas
ni de nadie.
No quiero saber nada.
No quiero que me hables.

Hasta los grillos han dejado
de estremecer el aire
con sus sonoras flechas.
La quietud de la tarde
penetra en los espíritus
como la luz en un estanque.

Bajo el frágil fanal del silencio
tan sólo la añoranza puede alzarse.

Se mencionó ya la generosidad entre las características de Reynolds. Podría hacerse una buena colección de elogiosos retratos suyos a pluma, de claros varones y de damas no menos claras: José Ballivián, Adolfo Ballivián, Daniel Sánchez Bustamante, Armando Chirveches, Enrique Ruiz Barragán, José Eduardo Guerra, Juan Francisco Bedregal, María Esther Ballivián Iturralde, Fernando Díez de Medina, en *Illimani*; Mariano Baptista, Monseñor Francisco María del Granado, Adela Zamudio, Nataniel Aguirre, Lucy Rivero, Adela de Reynolds, en *Tunari*; y así en otros libros.

A pesar de esa generosidad, o, mejor, precisamente por ella, abominó del «mestizo letrado que esclaviza su raza», y abominó

del «bárbaro rubio», no obstante su apellido de forma anglosajona.

Solía emplear imágenes enfáticas, especialmente apropiadas para una decoración cósmica, de cataclismo:

¿Se ha plasmado tal vez un cataclismo sobre la gran llanura? . . . La mirada, plena de lucidez, maravillada, se eleva como el cóndor del abismo hasta esa tempestad petrificada.

(*Isagoge, de Redención*).

La andina cordillera se levanta sobre todas las cúspides del mundo . . .

(*Tihuanacu, en Illimani*).

Van las sombras trepando por las cumbres.

(*Vuelo de cóndor, ibidem*).

Otras veces sus aciertos están más bien en la adjetivación:

Luciferinamente fascinaba con su sonrisa táctil.

(*Mata Hari, en Caminos de locura*).

Hábil sonetista en sus primeros libros, más tarde cultivó también formas más flexibles, aunque habrá que confesar que nunca llegó a la soltura que habríamos deseado en él.

Barajó tal vez con exceso las palabras aimaras y quechuas, las grecolatinas y (coincidiendo con su coterráneo Ricardo Jaimes Freyre) las del norte europeo.

Cuando tropieza con términos litúrgicos, suele incurrir en caídas como la de hacer que el *Trisagio* sea funeral.

Verdad es que a veces dormita hasta en casos helénicos, como cuando a *Ilión* la califica «la de olímpico prestigio». (¿No querría decir homérico).

Y eso a pesar de su cultura y su estudiosidad. Porque—y lo repito si ya lo he dado a entender—: como muchos de los poetas hispanoamericanos de educación parnasiana, Reynolds era un hombre informado, tanto, que a veces lindaba en lo libresco:

Infancia, dulce infancia,
vagos países de niebla,
en los que luchan, mueren y renacen
personajes de cuentos de Noruega.

Y ya fuera de lo computable entre las fallas, como simple anotación caracterizadora, recordemos que no narra: pinta, presenta situaciones en etapas sucesivas, no dinámicamente, sino más bien en posición inmóvil.

Ni en sus acuarelas superficiales ni en sus manchas angustiadas, queda lugar para el humorismo.

Inicialmente pagano, con los años su voz adquiere un tono grave:

Hay que vencer; vencerse, sobre todo,
con disciplina y voluntad.
Quien es dueño de sí, quien se domina,
domina los demás.

(Don Miguel de Unamuno, en *Caminos de locura*).

Un tono grave y religioso:

Señor Dios Jesucristo, aquí me tienes
con los brazos en cruz, como los tuyos,
con los brazos abiertos a la muerte.

(Yo, en *Prisma*).

A Ti, Jesús, que quitas los pecados del mundo,
se eleva nuestra súplica:
¡Qué la fe reverdezca! ¡Qué en los resecos campos
seas como la lluvia!

Y en tu esencial clemencia confortación habremos
para las horas últimas...

(*Miserere*, en *Caminos de locura*).

Un tono grave, religioso y nostálgico:

Voces claustrales que jamás pudimos,
jamás podremos olvidar,
porque fueron oídas en la infancia,
o soñadas quizá...

(*Don Miguel de Unamuno*, en *Caminos de locura*).

Un tono, más que grave, melancólico, triste, «del hombre
que ha sufrido», «en este mundo miserable», «una milenaria
pesadumbre», apta para una dolorosa penetración de las cosas,
sobre todo dada la «maraña hipersensible de sus nervios».

El pintor impasible se ha vuelto lírico trágico.

* * *

Reynolds, «instintivo, sentimental y cósmico», al decir del
señor Otero; cantor de Bolivia y su Historia y su paisaje, era,

muerto Ricardo Jaimes Freyre, el poeta boliviano de personalidad más recia.

Hace años, otro buen poeta boliviano, Juan Capriles, lo había retratado así:

Hubiera sido en épocas mejores
un mosquetero audaz de airón de nieve,
y cantando en román o en verso leve
a castellanas y conquistadores.

Triste mirar que reconcentra amores
y en la boca sensual de frase breve
una sonrisa imperceptible mueve
el haz de sus mostachos trovadores.

Pero en 1948 ya había nevado mucho sobre sus cabellos,
encima de aquella frente con «venazón de rayos».

«Don Gregorio» no alcanzó a atravesar el invierno de 1948.

FUENTES CONSULTABLES

- Arriaza, Armando: *Semblanzas bolivianas*, Gregorio Reynolds. *El Mercurio*, Santiago.
- Díaz Machicao, Porfirio: *2 poetas de Bolivia: Capriles y Reynolds*. *El Mercurio*, Santiago.
- Reynolds y sus amigos íntimos. *La Razón*, La Paz, 29 de agosto de 1948.
- Díez Canedo, Enrique: *Poetas de Bolivia*, en *Letras de América*, México, 1944.
- Díez de Medina, Fernando: *Perfil de la Literatura Boliviana*, en *Thunupa*, La Paz, 1947.
- Finot, Enrique: *Historia de la Literatura Boliviana*. México, Porrúa, 1943.
- Francovich, Guillermo: *Reynolds y La Fontaine*. *La Razón*, La Paz, 29 de agosto de 1948.

More, Federico: Gregorio Reynolds y Leonidas Yerovi. La Paz, 1918.

Otero, Gustavo Adolfo: Crestomatía Boliviana. La Paz, 4ª. edición, 1943.

Sánchez Ramírez, Ricardo: Libros Bolivianos. «Horas Turbias». El Mercurio, Santiago, 1923.